

EL ECO DE CARTAGENA

Viernes 25 de Agosto de 1882

ECOS DE MADRID.

24 de Agosto de 1882.

La sequía que se nota en la tierra y en la atmósfera, ha invadido también al ser humano. Las fuentes del sentimiento se agotan, la aridez se manifiesta en el corazón y en la inteligencia, el ángel huye y solo queda la bestia, con sus brutales apetitos y sus desordenadas pasiones. No de otro modo se repetirían esos actos que cuentan los periódicos todos los días, actos de estupidez, de crueldad, de salvajismo!

Y que contrast!

Al lado de las interesantes cartas que nos refieren las arriesgadas escursiones de Rey á los Picos de Europa, las fiestas de Galicia y los cerámenes artísticos y literarios que en aquel hermoso país se celebran, los atractivos de San Sebastian y Biarritz, de San Juan de Luz y Bilbao ó Santander, cuadros encantadores todos ellos, porque hasta las escenas y los hombres relacionados con la política toman bajo la bella forma literaria quedan á sus epístolas los correspondientes, aspecto pintoresco; al lado de estos cuadros, repito, que ofrecen reposo á los sentidos y encanto á la imaginación, saltan como reptiles entre flores, las noticias de los horribles crímenes que produce la sequía del alma.

En un día... ¿que en un día? en pocas horas, se han intentado ó consumado cuatro suicidios.

Un hombre, joven aun, se encuentra en un cuarto, abre una navaja, la contempla, vacila; pero la desesperación puede más y se infiere dos heridas en el cuello y tres en un brazo.

El instinto de la vida le domina, pide auxilio, acude su familia y se libra de la muerte que buscaba.

Un vendedor de huevos, perdida la razón sin que aún haya podido averiguarse la causa, comienza á estrellar en la pared su mercancía. Treinta docenas de huevos, pasan de sus febles manos á los muros del cuarto donde tiene lugar tan extraña escena.

Después coge un revolver y se lo dispara en el pecho.

Al ruido de la detonación acude gente: pero ya es tarde. La herida es grave y el pobre hombre perecerá.

Al anochecer se arroja al estanque grande del Retiro un caballero bien vestido. Algunos trabajadores que le ven, logran salvarle. ¡Cuántas preguntas le hacen quedan sin respuesta!—Conducido al Hospital, sigue callando.

Buscab el silencio de la muerte, y al volver á la vida, guarda el silencio... del arrepentimiento y la vergüenza.

El cuarto suicida es un anciano de ochenta y seis años. Era casado y estaba cesante.

—¡Dos motivos de desesperación! dirán algunos.

A su edad, tal vez!—El infeliz salió de su casa, se dirigió al plantío de los Almendros en el Parque de Madrid, y ahí colocándose en la sien el cañón de una pistola, se levantó la tapa de los sesos.

¡Cuántas amarguras misteriosas, y qué falta de fé!

El suicidio ha llegado á ser una epidemia.

Los locos aumentan; pero el loco por la pena es cuerdo.

Quando se dictó la ley que hoy rige, el suicidio era la excepción; ahora es la regla, ¿No habrá algún medio de curar esa triste enfermedad?

En Alemania, todo el que intenta suicidarse, es excluido para siempre de la sociedad.

En España hay que hacer algo: el contagio arrecia.

Una venganza femenil, ha estado á punto de causar algunas víctimas.

La directora de un colegio de señoritas que hay en la calle de Barrio Nuevo, recibió tres vasos de horchata de chufas, que según la criada que los llevó, eran agasajo de unas amigas.

Debian conocerla en efecto, puesto que los tres vasos correspondían á las tres personas que habitaban la casa: la directora del colegio, su madre y su hermana. Como además se hallaban allí tres niñas, compartieron con ellas el refresco, celebrando la buena ocurrencia que les proporcionaba tan agradable medio de ahuyentar el calor.

Poco después, todas cuantas habían bebido la horchata, se retorcieron presa de los más horribles dolores ¡Habían sido envenenadas! Pero ¿por quién? Esto es lo que logró averiguar la justicia, cuando la ciencia salvó la vida á las pacientes.

No sin trabajo pudo saberse que dos señoras habían pedido en una horchatería de la calle del Duque de Albuera tres vasos de refresco, y después de apurarlos, tres más que le sirvieron con extrañeza.

Al poco rato llamaron á la criada y la rogaron que levase los tres vasos de horchata al citado colegio.

—Queremos al prender á unas amigas, añadieron.

La muchacha juzgó, muy natural aquel deseo, y hasta le pareció plausible cuando al cobrar el gasto recibió una buena propina.

—Dice V., la encargaron, que en

vian el refresco unas amigas, y si preguntan nuestras señas, las doscientas V. Así se devanarán los sesos, pensando quienes podemos ser, luego iremos nosotras y la broma será completa.

Todo pasó á medida de su infernal deseo; pero sorprendidas las envenenadoras, madre é hija, fueron conducidas á la cárcel y seguramente recibirán el castigo que merecen.

Se ha dicho que los celos y el despecho fraguaron tan miserable venganza...! Es una prueba más de la sequía que he señalado ántes.

Riñas entre un Adán de sesenta y una Eva de cincuenta que vivían como marido y mujer y entre dos amantes, el panadero y ella verdulera. Las dos mugeres salieron gravemente heridas de estas refriegas a no rosas.

Batalla campal entre unos mozos alegres que merendaban en una taberna del Paseo del obelisco. Al ver que insultaban á la tabernera acudió su hijo á defenderla. Los mozos le atacaron, los vecinos se pusieron de su parte: los garrotes, las piedras y las navajas hicieron de las suyas. De veinte combatientes, dos quedaron heridos de gravedad y los restantes más ó ménos contusos.

En la pradera del Canal ha aparecido un hombre cosido á puñaladas.

En el Puente de Toledo, se ha hallado entre bayetas, el cadáver de un niño recién nacido.

Otra riña en las ventas del Espíritu Santo, dejó en el sitio á uno de los combatientes.

Un estudiante y un cochero riñeron en la calle de Preciados, y el primero pudo más que el segundo!

La lista sería interminable. Bastan los rasgos que acabo de trazar, para andar por las calles de Madrid temiendo á cada instante hallar detrás de la primera esquina á Arabi y sus secuaces.

También los perros están fuera de sí.

Las escenas que se repiten todos los días entre las gentes de las plazuelas y los encargados de coger con lazo á los pobres animalitos que carecen de dueño, es otro aspecto de la población que recuerda las pinturas que hacen de Cafetería los viajeros.

Algunos canes, enseñan los dientes y hasta los clavan en sus municipales perseguidores. En las casas de Socorro, no hacen los médicos estos días más que curar mordeduras.

Puesto que los hombres quieren ser perros, nada tiene de extraño que los perros se las echen de hombres.

—Que llueva pronto y mucho! piden los que atribuyen á la sequía todas estas desdichas.

—Agua y cultura! Esto es lo que necesita Madrid.

Por otra parte entristecen las casas de los puntos más céntricos de la villa y corte. Mas de doscientas tienen cerrada una de las hojas de sus puertas. Como esto se hace cuando fallece un inquilino, la gente se pregunta.

—¿Hay epidemia?

—No, contestan los porteros: ha muerto el dueño y por eso la casa está de luto.

¡Doscientos caseros! ¡que horror!

No tal, el dueño de las doscientas casas es uno solo, el hombre más rico de España, Manzanedo! El día 19 murió en Santoña, dejando segun cuentan mil millones de reales.

Quando vino al mundo no tenía ni un céntimo: esa fortuna colosal que disfruta, la ha hallado en su cabeza.

¿Y hay todavía quien pretende que carecía de capacidad...! Un hombre á quien cabían en la cabeza mil millones!

¡Vaya un porta monedas!

Un grande de España, rico y habanero por más señas se ha vuelto loco.

Todo por una bella!

De este rico si que puede decirse que es un pobre hombre.

Compadezcamos su desdicha!

JULIO NOMBELA.

Nuestro apreciable colega el «Día rio Español», extracta de la «Integridad de la Patria», una carta que inserta este colega, de su correspondiente del Ferrol. Copiamos sin comentarios el suelto de referencia, y dejamos á la consideración del lector los haga todo lo «sabrosos» á que se presta la lectura de estas líneas.

«Un amigo de nuestro estimado colega «La Integridad de la Patria», escribe desde el Ferrol cosas curiosas y nada lisonjeras, que contribuirán, cuando todo el mundo las sepa, á arraigar la popularidad del ministro de Marina.

El autor de la correspondencia á que nos referimos, quiso averiguar en el Ferrol el estado en que se encontraban las construcciones de buques ordenadas ya en febrero del año pasado, y quedó estupefacto al llegar á las gradas ó lechos donde deben construirse los tan cacareados cruceros «Alfonso XII» y «Reina Cristina», así como el «Concha», y no ver siquiera un pedazo de hierro que haya de formar parte de dichos buques. Los picaderos ó trozos de madera que han de servir para sostener de las naves, que han de reemplazar á las que en mejores tiempos fueron orgullo de España y la envidia de Inglaterra, están hoy pintados de negro en señal de luto y esperando que el sucesor del actual ministro rompa con los inveterados obstáculos que han servido y sirven de tupido velo, para impedir que el país se entere cómo y de qué manera se invierte una gran parte del pre